

tiene siete mil habitantes, casi todos parientes, ministros ó generales de Ebn Sihoud. No hay entre ellos ningun artesano; los únicos oficios que ejercen son de armero y herrador, y aun de estos menestrales son muy pocos: no se encuentra nada que comprar, ni aun para comer. Cada cual vive de lo que tiene, es decir, de un huerto ó unas tierras que producen trigo, verduras y frutas y mantienen algunas gallinas, sus numerosos rebaños pastan en el llano y todos los miércoles los habitantes de Yemen y de la Meca acuden á trocar sus mercancías por cabezas de ganado: esta especie de feria es el único comercio del país. Las mugeres salen sin velo, pero se echan su machalah negro sobre la cabeza, lo que les hace poquísima gracia, prescindiendo de que generalmente son muy feas y morenas en demasía. Los huertos situados en un gracioso valle junto á la ciudad, hácia el lado opuesto á aquel por el que habíamos llegado, producen las mas esquisitas frutas del mundo, bananas, naranjas, granadas, higos, manzanas, melones, &c., entre la cebada y el maiz. Los riegan con particular esmero.

Habiendonos llamado de nuevo el rey al dia siguiente, nos recibió muy bien y me hizo muchas preguntas acerca de los diversos soberanos de Europa, particularmente sobre Napoleon, á quien profesaba una veneracion sin límites. La relacion

sus conquistas hacia sus delicias; por fortuna mis frecuentes conversaciones con el señor Lascáris me habian puesto en situacion de darle muchos pormenores. A cada batalla exclamaba:

—“Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que está en comunicacion íntima con su Criador, pues que éste tanto le favorece.”

Luego, mostrándose cada vez mas afable conmigo y mudando de conversacion.

—“Abdalla, prosiguió, quiero que me digais la verdad: ¿Cuál es la base del cristianismo?”

Conociendo las preocupaciones del Wahabi, temblé al oír esta pregunta, pero despues de rogar a Dios que me inspirase:

—“La base de toda religion, oh hijo de Sihoud, le dije, es la creencia en Dios; los cristianos creen, como vos, que no hay mas que un Dios, Criador del universo, que castiga a los malos, perdona a los arrepentidos y premia a los buenos; que él solo es grande, misericordioso y omnipotente.”

—“Bien está, dijo, ¿pero cómo haceis oracion?”

Recitéle el *Padre nuestro*, que hizo que le escribiese un secretario, le leyó y se le metió en la chaqueta; luego prosiguiendo mi interrogatorio, nos preguntó a qué lado nos volviámos para orar.

—“A cualquiera, respondí, porque en todos está Dios.”

—“En eso os apruebo enteramente, dijo; pero
“debeis tener preceptos como teneis oraciones.”

Recitéle los diez mandamientos dados por Dios
a su profeta Moises, que no le eran desconocidos,
y prosiguiendo sus preguntas:

—“Y a Jesucristo ¿cómo le considerais?”

—“Como a la palabra de Dios encarnada, como
“al Verbo divino.”

—“Pero ¿fué crucificado?”

—“Como verbo no pudo morir, pero como hom-
“bre padeció por culpa de los malos.”

—“Perfectamente; ¿y respetais el Libro sagrado
“que Dios inspiró a Jesucristo? ¿Seguis puntual-
“mente su doctrina?”

—“Le conservamos con el mayor respeto y obe-
“decemos en todo sus preceptos.

—“Los turcos, dijo, han hecho un Dios de su
“profeta, y oran en su sepultura como unos idóla-
“tras. ¡Malditos sean los que dan al Criador un
“igual! ¡Ojalá los estermine el sable!”

Y prorumpiendo cada vez con mas violencia en
inectivas contra los turcos, censuró el uso de la
pipa, del vino y de las carnes impuras. Estaba
yo harto contento de haber salido tan bien de su
peligroso interrogatorio, para atreverme a contra-
decirle en puntos insignificantes; y le dejé creer que
despreciaba la mala yerba (que así llamaba él al
tabaco), cosa que hizo sonreír al Drayhy, quien

sabia muy bien que el mayor sacrificio para mí era
la privacion de fumar, y [que aprovechaba todos
los instantes en que podia impunemente sacar de
su escondite mi amada pipa:—aquel dia sobre to-
do la deseaba con mas ahinco que nunca, por ha-
ber hablado mucho y tomado café muy fuerte.

Pareció el rey encantado de nuestra conversa-
cion y me dijo:

—“Veo que siempre se aprende algo. Yo siem-
“pre habia creido que los cristianos eran los hom-
“bres mas supersticiosos del mundo; y ahora es-
“toy convencido de que se acercan a la verdade-
“ra religion mucho mas que los turcos.”

Todo bien considerado, Ebn Sihoud es hombre
instruido y muy elocuente, pero fanático en sus
opiniones religiosas; tiene una muger legítima y
una esclava, dos hijos casados y una hija doncella.
No come mas que alimentos preparados por sus
mugeres, de miedo de que le envenenen; la custo-
dia de su palacio está confiada a un batallon de
mil negros bien armados; pero puede reunir en sus
estados un millon y quinientos mil beduinos capa-
ces de salir a campaña. Cuando quiere nombrar
un gobernador de provincia, manda llamar al que
destina a este cargo y le convida a comer con él;
despues de la comida, hacen juntos las abluciones
y la oracion; luego el rey, armándose con un sa-
ble, le dice:

—“Te he elegido por orden de Dios, para go-
 “ berner a sus esclavos; sé humano y justo; recauda
 “ puntual el diezmo, y haz cortar las cabezas de
 “ los turcos é, infieles que dicen que Dios tiene un
 “ igual; no permitais a ninguno de ellos estable-
 “ cerse en nuestro territorio. ¡Dígnese el Señor
 “ dar la victoria a los que creen en su unidad!”—
 En seguida le entrega un papelito en que se man-
 da á los habitantes que obedezcan en todo al go-
 bernador, so pena de severos castigos.

Al dia siguiente visitamos las cuabras del rey: es
 imposible, creo, para un aficionado a caballos, ver
 nada mas hermoso. Reparé primeramente en
 ochenta yeguas blancas, puestas en una sola hila-
 ra, todas de incomparable hermosura, y tan esacta-
 mente iguales, que no se podian distinguir una de
 otra; eran tan blancas y relucientes que deslum-
 braban. Otras ciento de diversos colores, pero igual-
 mente hermosas, ocupaban otra caballeriza, y á
 pesar de mi aversion a los caballos desde el cruel
 accidente que estuvo a pique de costarme la vida,
 no acierto a espresar la admiracion que me cau-
 saron.

Aquella noche cenamos en casa del general en
 gefe Hedal, que se reconcilió con el Drayhy; tam-
 bien estuvo muy cortés con nosotros el famoso Abó
 Nocta, que se hallaba presente. Varios dias estu-
 vimos reunidos en asambleas secretas para tratar

de nuestros asuntos con Ebn Sihoud; pero dejo a
 un lado, por superfluos, los pormenores de aquellas
 juntas; baste decir que ajustó una alianza con el
 Drayhy y que declaró que *ya no dirigia mas que
 una sola alma sus dos cuerpos*. Terminado el tra-
 tado, hízonos por primera vez comer con él, y pro-
 bó cada plato ántes de ofrecérnosle. Como nunca
 habia visto comer mas que con los dedos, hice una
 cuchara y un tenedor de palo, estendí mi pañuelo
 a guisa de mantel, y empecé a comer al uso euro-
 peo, lo que le divirtió mucho.

—“Gracias a Dios, dijo, cada pueblo cree que
 “ sus usos son los mejores, y así todos están con-
 “ tentos con su suerte.”

Fijada nuestra partida para el dia siguiente, el
 rey nos envió de regalo siete de sus mas hermosas
 yeguas, conducidas del freno por otros tantos esclavos
 negros, montados en camellos *negú*, y cuando
 cada uno de nosotros eligió la suya nos presenta-
 ron un sable, cuya hoja era muy hermosa; pero
 cuya vaina no tenia ningun adorno: igualmente hi-
 zo dar á nuestros servidores sables mas ordinarios,
machlas y cien *talariés*. Despedímonos de Ebn
 Sihoud con las ceremonias de costumbre, y nos
 acompañaron hasta fuera de las murallas todos los
 grandes de su corte: cuando llegamos á la puerta,
 el Drayhy se paró, y volviéndose hácia mí, me di-
 jo que pasase el primero, pues queria, añadió son-
 riendo, cumplir su promesa,—y, lo confieso, á pe-

sar de todos los agasajos que habíamos recibido en los últimos días, las angustias que pasé al principio me habían hecho tal impresión que salí de la ciudad retozándome de gozo el corazón.

Tomamos el camino de Heggias, durmiendo cada noche en las tribus que cubrían el desierto. El quinto día, después de haber pasado la noche bajo las tiendas de El Henádi, nos levantamos con el sol y salimos para ensillar nuestros dromedarios, á quienes con grande asombro hallamos con la cabeza enterrada en la arena, de donde nos fué imposible hacérselas sacar. Llamamos en nuestra ayuda á los beduinos de la tribu, quienes nos dijeron que el instinto de los camellos los movía á esconderse de aquella suerte para evitar el *simoun*; que aquello era un presagio de ese terrible viento del desierto, que no tardaría en romper, y que no podíamos ponernos en camino sin volar á una muerte segura. Los camellos, que sienten con dos ó tres horas de anticipación que se acerca ese terrible azote, se vuelven al lado opuesto al viento, y se meten en la arena, siendo imposible hacerles mudar de postura para comer ó beber durante toda la tempestad, aunque no cese en muchos días: la Providencia les ha dado este instinto de conservación, que nunca los engaña. Cuando supimos lo que nos amenazaba, participamos del terror general, y nos apresuramos á tomar todas las precauciones

que nos indicaron. No basta poner los caballos á cubierto; es preciso además cubrirles al cabeza y taparles las orejas, pues de lo contrario los sofocarían los torbellinos de una arena menuda y sutil que el viento impele con furor. Los hombres se reúnen bajo las tiendas, tapan las aberturas con sumo cuidado, después de haberse provisto de agua que ponen al alcance de su mano, y luego en el suelo, cubierta la cabeza con su *machla*; así se están todo el tiempo que dura el huracán asolador.

Aquella mañana todo el campamento estuvo alborotado; todos ponían en seguridad sus ganados y luego iban con toda prisa á refugiarse en sus tiendas. Apenas habíamos tapado la cabeza á nuestras hermosas yeguas *nedgdís*, empezó la tormenta; furiosas ráfagas traían nubes de una arena roja y ardiente que se arremolinaba con ímpetu y derribaba cuanto hallaba al paso; hacinándose en colinas, enterraba cuanto tenía fuerza para resistirle. Si en aquellos momentos toca la arena alguna parte del cuerpo, la carne se inflama como al contacto de un hierro incandescente. El agua que debía refrescarnos estaba abrasando, y la temperatura de la tienda era mas alta que la de un baño turco. Diez horas duró la tempestad en su mayor furia, y luego fué disminuyendo gradualmente durante seis horas; si dura una hora mas, todos perecemos sofocados. Cuando nos resolvimos á

salir de nuestras tiendas presenciarnos un horrible espectáculo; cinco niños, dos mugeres y un hombre yacian muertos sobre la arena todavía ardiente, y muchos beduinos tenían la cara ennegrecida y enteramente tostada, como por la boca de un horno encendido. Cuando el viento del *simoun* hiere à un infeliz en la cabeza, la sangre le sale à chorros por la boca y las narices, se le hincha la cara, se pone negro y pronto muere ahogado. Dimos gracias al Señor de que nos hubiese libertado de aquella terrible plaga cuando nos hallábamos en medio del desierto, en cuyo caso nuestra muerte era segura, y cuando el tiempo nos permitió salir del campamento de Henadí, en doce horas de camino llegamos à nuestra tribu, donde abracé à Jeque Ibrahim con un verdadero amor filial; pasamos algunos dias contándonos nuestras aventuras, y cuando reposé enteramente de mis fatigas, me dijo el señor Lascaris:

—“Hijo mio, ya nada tenemos que hacer aquí gracias à Dios, todo està terminado, y el resultado de mi empresa ha sobrepujado à mis esperanzas; ahora es preciso que vayamos à dar cuenta de nuestra mision.”

Separámonos de nuestros amigos con la esperanza de volverlos à ver muy en breve al frente de la expedicion à que habiamos abierto el camino y allanado la senda. Pasando por Damasco, Alepo

y la Caramania, llegamos à Constantinopla el mes de Abril al cabo de noventa dias de marcha, muchas veces entre nieves. En aquel fatigoso viage perdí mi hermosa yegua *nedgdíé*, regalo de Ebn Sihoud, que pensaba vender lo menos en treinta mil piastras; pero aquello no era mas que un preludio de las desgracias que nos esperaban. La peste asolaba à Constantinopla;—el general Andreosi nos hizo alojarnos en Keghat-Kani donde pasamos tres meses haciendo cuarentena, y entonces supimos la funesta catástrofe de Moscou y la retirada del ejército francés sobre Paris. El señor Lascaris estaba desesperado y no sabia qué partido tomar; despues de dos meses de incertidumbre, se resolvió à volver à Siria à aguardar el resultado de los sucesos. Embarcámonos en un buque cargado de trigo; una furiosa tempestad nos arrojó à Chios, donde volvimos à hallar la peste: M. de Bourville, cónsul de Francia, nos proporcionó un alojamiento donde estuvimos encerrados dos meses. Habiendo perdido casi todos nuestros efectos en la tempestad, y no pudiendo comunicar con el pueblo, à causa del contagio, nos hallamos desnudos y expuestos à grandes privaciones.

En fin volviéron à abrirse las comunicaciones. El señor Lascaris, habiendo recibido una carta del cónsul general en Esmirna que le invitaba à ir à conferenciar con los generales Lallemand y Savari, se decidió à ir allá, y me permitió que fuese à

pasar una temporada con mi pobre madre, á quien no habia visto hacia seis años.

Como mis viages no tienen ya nada que sea interesante, paso por alto el intervalo que trascurió desde mi separacion del señor Lascaris hasta mi vuelta a Siria, y llego al triste desenlace.

Hallándome en Latakié al lado de mi madre y aguardando de un dia á otro un buque que pudiese llevarme á Egipto, donde me habia citado el señor Lascaris, veo llegar un bergantin de guerra francés; voy á recoger mis cartas y recibo la cruel noticia de la muerte de mi bienhechor en el Cairo. Nada puede dar una idea de mi desesperacion; yo queria al señor Lascaris como á un padre, y perdía ademas con él todo mi porvenir. M. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandría, me escribia que acudiese sin demora á verle:—cuarenta dias pasé sin poder hallar ocasion de embarcarme, y cuando llegué á Alejandría, M. Drovetti habia partido para el Alto Egipto; seguíle, le alcancé en Asscut, y me dijo que como el Sr. Lascaris habia llegado á Egipto con pasaporte inglés, M. Salt, cónsul de Inglaterra, se habia apoderado de todos sus efectos: instóme á dirigirme á él para que se me pagasen los sueldos (quinientos talaris anuales) que se me debian hacia seis años, y me recomendó sobre todo, que insistiese con empeño en obtener el manuscrito del viage del Sr. Lascaris, documento de suma importancia.

Volví inmediatamente al Cairo, donde M. Salt me recibió con mucha frialdad y me dijo que como el señor Lascaris habia muerto bajo proteccion inglesa, habia enviado sus efectos y sus papeles á Inglaterra. Todos mis pasos fueron vanos: pasé mucho tiempo en el Cairo con la esperanza de lograr que se me pagasen mis sueldos y de obtener los papeles del señor Lascaris, hasta que al cabo M. Salt me amenazó con hacerme prender por las autoridades egipcias, y solo merced á la generosa proteccion de M. Drovetti escapé de aquel peligro. Por último, cansado de aquella lucha infructuosa salí de Egipto y volví á Latakié al lado de mi familia, mas desdichado y ménos rico que cuando la dejé al salir de Alepo por la primera vez.